

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Crisis, hegemonía y seguridad. Reflexiones críticas desde América Latina.

Darío Salinas Figueredo.

Cita:

Darío Salinas Figueredo (2009). *Crisis, hegemonía y seguridad. Reflexiones críticas desde América Latina. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1033>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Crisis, hegemonía y seguridad

Reflexiones críticas desde América Latina

Darío Salinas Figueredo *

Estados Unidos tiene un nuevo presidente. Con él la estructura de poder estadounidense parece diferente. Su figura política vinculado a un estilo personal y el hecho de que bajo su mandato fueron tempranamente adoptadas algunas políticas hacia Cuba, que fueron interpretadas desde América Latina de signo positivo, obliga a formularse una pregunta para trabajar sobre qué tanto puede cambiar la política estadounidense. Esta preocupación se inscribe en un contexto de marcada erosión de su credibilidad internacional y de crisis aguda sin visos de resolución sistémica

* Profesor-investigador del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, miembro del Sistema Nación de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACyT, México. E-mail: dario.salinas@uia.mx

inmediata. La validez de esta pregunta y la exploración de algunas respuestas demandan una perspectiva más allá de la coyuntura.

Un poder sin contrapesos

Las condiciones socioeconómicas y políticas que le sirven de fundamento al cuadro social y financiero actual van de la mano con los criterios que desde el Consenso de Washington direccionaron la instrumentación de las políticas económicas, en las cuales las instituciones financieras internacionales no han sido actores irrelevantes. Su proyección ha coincidido con el redespigüe de poderes supranacionales.

Si no colocáramos en el escenario que inmediatamente sucede a la conclusión de la confrontación entre el socialismo y el capitalismo, la idea que pareció más razonable apuntaba a revalorar las condiciones políticas requeridas para fortalecer la capacidad de decisión de América Latina, en la medida en que nuestros conflictos sociales y las legítimas demandas de autodeterminación ya no aparecerían acotadas por el esquema de la confrontación derivada de la *Guerra Fría*. Aquella confrontación ha sido una recurrente “razón” esgrimida de manera sistemática por la política del Norte, en los hechos durante casi 50 años, para “justificar” diferentes modalidades de injerencia o intervención en los asuntos internos de América Latina y el Caribe.

Sin embargo, en la medida en que la relación de confrontación norte-sur continua, y proliferan tensiones y conflictos en diversas zonas del mundo, en los cuales los intereses y la política norteamericana constituye un factor de importancia decisiva, correlativamente se produce todo un realineamiento en el campo del poder mundial en cuya configuración el uso de la fuerza, la falta de concertación en política internacional y la fragilidad del sistema internacional definen las principales aristas de la situación. En ese escenario el lenguaje de la *Guerra Fría* se ha venido renovando. Asistimos a un cambio en la conceptualización de la amenaza lo que a su vez modifica la política de seguridad, lo cual de entrada comienza a pautar nuevas tendencias en el ejercicio de la hegemonía.

Para una mejor valoración de esto conviene que retrocedamos un poco en el tiempo. Recordemos cuando la Unión Soviética se retiró de Afganistán. La cooperación cubana en ciertos países africanos también llegó a su término. Se produjo en aquel entonces la llamada “unificación de Alemania”. Como rúbrica de estos pedazos de acontecimientos ocurridos en 1989, se realizó la “Cumbre de Malta” en la que el entonces presidente Bush aseguró a Gorbachov que Estados Unidos no aprovecharía la existencia de espacios que fueran dejando a

su paso el fin la *Guerra Fría*. Las señales inmediatas derivadas de aquellos acontecimientos fueron dando la impresión de que el mundo podía avanzar por la ruta de la distensión. Sin embargo, la sucesión de otros hechos de la historia de fines del siglo XX mostró que la situación de paridad estratégica que prevaleció entre las potencias, Estados Unidos y la otrora Unión Soviética, comenzaba rápidamente a reemplazarse por una nueva correlación en la que el poder duro y su factor militar volvían a asumir preponderancia. El nuevo escenario que rápidamente se proyectó fue mostrando la extinción del orden que derivó de los Acuerdos de Yalta, San Francisco y Postdam.

Cabe aquí enfatizarse un hecho ocurrido en aquel contexto que suele omitirse, pero que tiene su importancia para América Latina, región que aparentemente poco tenía que ver con el reordenamiento de fuerzas. Conviene recordar a este respecto que la expresión de esta nueva situación tempranamente se manifestó un 20 de diciembre de 1989, con la invasión norteamericana a Panamá. Los testimonios de los bombardeos sobre barrios pobres de las ciudades de Panamá y Colón son conocidos. La “justificación” estuvo vinculada con la lucha contra el narcotráfico. La segunda importante expresión en la reconfiguración de este nuevo orden geopolítico tuvo lugar con la guerra del Golfo Pérsico. Aún cuando formalmente todavía existía la URSS, el desarrollo de esta guerra demostró que de hecho ya no gravitaba. Nadie puso el menor contrapeso al poderío bélico norteamericano con su pretensión de fondo por ejercer dominio absoluto sobre el petróleo de la región del Medio Oriente.

En desmedro del Estatuto de la Organización de las Naciones Unidas, se producen los ataques de fuerzas norteamericanas en coordinación con la OTAN, primero en el conflicto de Bosnia Herzegovina y cuatro años después, en 1999, a través del bombardeo sobre territorio yugoslavo. Y el peldaño siguiente en esta ofensiva de definición de fuerzas tuvo su ratificación en el ataque estadounidense a Afganistán después de los sucesos de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

No es este el lugar para un análisis de las específicas situaciones que prevalecieron en cada uno de los casos mencionados. Pero son hechos muy contundentes que, sin abandonar su constante política de hostigamiento y bloqueo a Cuba, pautan desde el Norte el comportamiento de una potencia. Lejos de una política de acatamiento al principio de equilibrio, el apego a los compromisos internacionales y al derecho internacional, lo que sobresale es la disposición de una potencia que actúa sin contrapesos. Y en esa medida se siente capaz de imponer unilateralmente una visión del mundo.

A contrapelo de la prudencia y los principios del multilateralismo se pueden constatar que las concepciones unilaterales y belicistas, no obstante el fin de la Guerra Fría, seguían prevaleciente en la política del Norte. Los acuerdos de equilibrar las fuerzas de disuasión que antes existieron son, en el contexto post- Guerra Fría, asumidas como prohibiciones para la actual política de seguridad. Su proceder es tal que después del bipolarismo no se justifica ninguna restricción a los objetivos.

Resultan emblemáticas algunas conductas, porque dibujan la índole de una política. En efecto, por sobre algunos razonables posicionamientos en el escenario internacional, ha prevalecido la negativa de la política norteamericana de hacer sentir su peso sobre Israel en el conflicto con los palestinos. Su obstinada oposición al “Protocolo de Kioto” para acuerdos ambientales sobre calentamiento global. El anuncio de terminar unilateralmente con el tratado de misiles antibalísticos. El haberse sustraído de los esfuerzos encaminados a controlar las armas biológicas y a limitar la proliferación nuclear. En la dirección de esa forma de conducta puede inscribirse su negativa a ratificar el tratado para la creación del Tribunal Penal Internacional destinado a enjuiciar actos calificados como crímenes de guerra, genocidio y otras violaciones a los derechos humanos.

A ese proceso de concentración de fuerzas, se corresponde una política dirigida a la ampliación de la OTAN, concebida inicialmente como una organización defensiva por las potencias capitalistas frente al poder del bloque socialista. Al desaparecer la Unión Soviética, el socialismo en la vieja Europa y el Pacto de Varsovia, la OTAN se quedó sin enemigo de quien defenderse, formalmente desprovista de los propósitos que le dieron origen. Sin embargo, dada la fuerza constitutiva envolvente del capitalismo triunfante, la formulación de un nuevo tratado estaba lejos de ser una cuestión simplemente formal. No era cosa de simplemente dar por cumplida la misión y finiquitar la institución. Para Estados Unidos la situación era mucho más complicada. La Unión Europea seguía creciendo, y desde los intereses norteamericanos no era una exageración ver en su fortalecimiento una inminente potencia. Esa lectura, inherente a la naturaleza del capitalismo, toda vez que el crecimiento de cualquier fuerza intra o extra sistema corre el riesgo de convertirse en competidora y, eventualmente, enemiga de Estados Unidos. Antes de que China, India, Rusia o Pakistán complicaran el paralelogramo de fuerzas, y considerando que a la Unión Europea no era fácil imponer condiciones en aras de “un nuevo tratado”, para la política estadounidense era vital mantener los vínculos en materia de seguridad en el nivel de alianza. Lo que a la postre resultó fue lanzar la opción de promover intervenciones en los conflictos que quedaron latentes en el tercer mundo durante la **guerra fría**. Desde 1991 se han sucedido tres conflictos fundamentales: la

Guerra del Golfo Pérsico, los ataques de la OTAN a Yugoslavia y el ataque estadounidense a Afganistán. En cada caso se produjeron avances hacia la reconfiguración geopolítica mundial.

Al final, como es sabido, las partes optaron por redimensionar la misión de la OTAN que añadió en los hechos a su carácter defensivo el de un aparato vigilante de los intereses estratégicos materiales y doctrinarios del sistema. La mecánica de la mutación fue relativamente simple. La Rusia, como nuevo integrante del llamado ahora G-8, el capitalismo europeo y el norteamericano fueron, en los hechos, coincidiendo mientras destruían a Yugoslavia, en el reimpulso de su brazo armado orientando en las nuevas circunstancias el necesario poderío hacia la defensa de los intereses de Occidente en la perspectiva de encarar antiguos y nuevos conflictos que fueron percibidos como amenazas al sistema como totalidad. La intervención de la OTAN en 1995 para terminar con el conflicto en Bosnia Herzegovina, fue un paso más en la reconfiguración de la geopolítica de la Posguerra Fría. Este proceso tuvo su expresión de continuidad tres años después en el ataque a Iraq.

Ese fue el contexto en que se impulsaron los planes de la nueva arquitectura de poder mundial, rediseñados a partir de la conjunción de los intereses de los grandes centros de poder internacional. Las potencias más activas en este proceso han sido Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, con la correspondiente respuesta de China, que a raíz del bombardeo de su embajada en Belgrado ha enfatizado más sus planes en el nuevo escenario. La desaparición del bipolarismo no ha significado el declive de la carrera armamentista. La Alianza Atlántica, que lejos de desaparecer a su vez, como sucedió con su contraparte, el Pacto de Varsovia, incluso se ha ampliado a costa de los países que fueron miembros del Pacto socialista, entre ellos, Hungría, la República Checa y Polonia. Esa expansión, comenzó con el llamado “Programa para la Paz”, que consistió en la iniciativa estadounidense impulsada para realizar ejercicios militares conjuntos con varios países ex miembros del Pacto de Varsovia. La estrategia de disuasión y contención que prevaleció en la OTAN durante la guerra fría, de lo que se trataba ahora era dar el impulso a una estrategia de consolidación de la posición hegemónica y triunfante asegurando esferas de influencia sobre territorios, acceso y disposición de materias primas sobre todo energéticos.

Este recuento muestra que la capacidad de imposición existe, mientras no surjan contrarrientes políticas destinadas a evitarla. Ante un mundo cada vez más diversos parece enteramente razonable una revaloración de la Asamblea General de las Naciones Unidas. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, principalmente la cúpula de miembros permanentes, requiere de un análisis integral en la perspectiva general de una puesta al día de sus objetivos frente

a los problemas contemporáneos que afectan a las relaciones internacionales. Las estructuras de decisión financiera y comercial no están fuera de esta preocupación. El sistema internacional, en su capacidad de decisión y veto, no puede ser una simple caja de resonancia de los designios del poder mundial hegemónico por la política norteamericana.

América Latina en la seguridad global

No es exagerado afirmar que durante prácticamente todo el siglo pasado la relación entre América Latina y Estados Unidos se caracterizó por una mezcla de atracción y repulsión, reconocimiento de las autonomías o soberanías y prácticas intervencionistas. Durante la Guerra Fría. Varias las tensiones acumuladas en este complejo entramado de relación provocaron resultados desastrosos. En el presente siglo, y después del reordenamiento que acarrea el fin de la *Guerra Fría*, las señales no son mejores. Y el nuevo contexto de globalización no alcanza a proyectar condiciones más propicias para una relación diferente.¹

Varias son las implicancias que en este contexto de globalización acarrea la nueva geopolítica hegemónica para América Latina. La primera tiene su punto de partida en una pregunta ineludible: ¿Cuáles son las señales más evidentes de la política norteamericana en el proceso de consolidación de su hegemonía?

En la creación de condiciones para instrumentar esa política en perspectiva estratégica intervienen las invocaciones de la lucha contra el terrorismo. De acuerdo con el *Based Structure Report 2001* del Departamento de Defensa, Estados Unidos tenía antes del 11 de septiembre instalaciones militares en 38 países, sin incluir las bases en Arabia Saudita, Kosovo y Bosnia. Según el Pentágono en la actualidad con casi 60 países y territorios en los que ya existen instalaciones militares norteamericanas. Entre las nuevas bases se encuentran la de Curazao, Aruba, Ecuador y El Salvador (Hernández, 2002, 17)

No es muy complicado apreciar que bajo el ropaje discursivo de la “lucha contra el terrorismo y el narcotráfico” se han venido articulando las presiones hacia América Latina. En torno a estos referentes se construyen las invocaciones que sustituyen a aquellas que sirvieron para “justificar” la lucha “contra la subversión y la amenaza del comunismo”. La falta de independencia de muchos gobiernos latinoamericanos, para definir una postura con relación a la “lucha

¹ Si observamos esta problemática relación desde el punto de vista latinoamericano, hay quienes piensan que el tema podría abordarse privilegiando el análisis del tipo de proyecto político. Es decir, frente al proceso de globalización y hegemonía norteamericana habría que analizar los nuevos proyectos de acción política que surgen o se perfilan en América Latina (Basurto, 2001)

antiterrorista” inserta en la política norteamericana, favorece la intromisión y la pérdida de soberanía.

La elasticidad de esta lucha, contra el terrorismo, puede alcanzar a colindar con las que desde una lectura conservadora pudiera justificar ante la protesta social. El sustrato socioeconómico contiene la explicación. Con políticas económicas y comerciales excluyentes resulta muy difícil construir consensos estables para la consolidación de la democracia. A este respecto en América Latina y el Caribe puede potenciarse los gérmenes de la conflictividad social y política. Entre la comprensión democrática de este proceso y la caracterización conservadora de “desestabilización” vinculable a la “amenaza del terrorismo” puede haber sólo una frontera muy tenue. En este sentido, un riesgo que potencialmente amenaza el ejercicio de la política en América Latina es que esa lógica de seguridad derivada de la política norteamericana imponga un concepto de “seguridad regional” en virtud del cual el control militar y/o policiaco se haga cargo del conflicto social, lo que supondría un paso decisivo hacia la criminalizar la protesta social.

En cuanto a los criterios que están operando en la estrategia político-militar de “seguridad hemisférica”, además de la realización de ejercicios militares conjuntos como el de Miami a cargo de la Cuarta Flota, cabe mencionar el Plan Colombia, la “Iniciativa Regional Andina”, el fortalecimiento del Comando Norte y el desarrollo de la práctica política norteamericana para influir en los procesos de “certificación” sobre nuestros países tanto en materia de “democracia”, “derechos humano” y “lucha contra el narcotráfico”.

Tiene un peso específico dentro de estas coordenadas aquellos países que, como Colombia, Venezuela, México o Ecuador, son productores proveedores importantes de petróleo. Los intentos norteamericanos de aumentar la producción petrolera en los yacimientos de estos países no cuentan con todas las condiciones requeridas, como en el pasado, para garantizar su viabilidad. Tal es el caso de Venezuela cuya política energética se encuentra más próxima a la utilización de sus recursos en función del desarrollo bajo criterios de independencia, además de la regulación estatal para la participación extranjera.

Se puede lícitamente conjeturar que el Plan Colombia, al propiciar asesoría y asistencia militar a Colombia, bajo el argumento norteamericano de colaborar en la “lucha contra el narcotráfico”, tiene en su horizonte la presencia de la guerrillera en los eventos vinculados con la producción y traslado del petróleo. Para Estados Unidos las dificultades de acceder a los recursos energéticos foráneos constituyen una amenaza para su seguridad. En este sentido la hipótesis según la cual la guerrilla colombiana es un potencial obstáculo para la política energética norteamericana no resulta descabellada. Si por medio del Plan Colombia se refuerza la colaboración con la policía y

el ejército en su empeño por neutralizar o aniquilar a las guerrillas de ese país, se estaría asegurando mejores condiciones para aumentar la producción de crudo. Los fundamentos de este razonamiento se vinculan con el Plan Nacional de Energía, según el cual se considera que el país tendrá que satisfacer con importaciones una proporción creciente de sus necesidades energéticas totales para asegurar el funcionamiento de sus empresas, industrias y el sostenimiento de su inmensa flota de automóviles, camiones y aviones. De ser precisa esta referencia es lógico considerar que sin un incremento de la oferta agregada de energía Estados Unidos podría enfrentar severa una amenaza a su seguridad.

El otro punto aunque sin desvincularse de lo anterior puede referirse al llamado Plan Puebla Panamá. Una investigación concluye que dentro de este proyecto queda prácticamente toda el área petrolera de México, el extenso corredor biológico internacional mesoamericano y una fuerza de trabajo socioeconómica y demográficamente apta para la producción maquiladora (Ceceña, 2002,180)

La otra referencia sobre la que reposa la política norteamericana es la estrategia que ha sido enunciada en términos de liberación comercial. Desde su formulación no ha existido foro o reunión en los que no se haya proclamado los beneficios potenciales para nuestras economías siempre –claro está- que los gobiernos hicieran suyas la creación de las condiciones institucionales necesarias para terminar de convertir a la región en el Área de Libre Comercio. El impulso de tal concepción, con la “Iniciativa para las Américas”, arrancó aquel 27 de junio de 1990 bajo el mandato del entonces presidente Bush.² Bajo la presidencia de Clinton en 1994, en la Cumbre de las Américas celebrada en Miami, avanza la iniciativa con el formato de un Acuerdo de “Libre Comercio para las Américas”, propuesta cuya expresión de mayor solvencia financiera y política tuvo su punto de concreción en 1998 con el llamado “Consenso de Washington”. La proyección estratégica derivada hace que el concepto de “libre comercio” vaya ocupando una marcada centralidad en la articulación de los mecanismos económicos, comerciales y financieros de los países promovidos hacia la región.

El transfondo institucional de la discusión es la eficacia del sistema internacional en sus implicancias económicas y en última instancia en el tablero político-militar. El escenario de la globalización, haciendo abstracción de la retórica, es potencialmente explosivo. Más todavía si se evalúan los intereses, las creencias predominantes y las políticas invasivas de las grandes potencias. Dentro de este abigarrado escenario, los problemas, nuevos y antiguos, se globalizan generando

² Published by the United States, Department of States (1990)

nuevas amenazas a la seguridad humana en sus posibilidades de convivencia democrática y desarrollo.

“El ahogamiento simulado es tortura” o cuánto puede cambiar la política en el actual escenario hemisférico

Es frecuente escuchar, en ciertos medios y en la política predominante, que América latina no ocupa un lugar preferencial en la agenda norteamericana. Hecho aún más notorio cuando se evalúan las campañas electorales en que los candidatos que pugnan no ofrecen, de manera explícita, una referencia en su preocupación por la región. Esta es una verdad a medias. Porque, en primer lugar, y más allá del ámbito que nos remite la sociología electoral, siempre restringido a lo coyuntural, y que de paso oscurece los asuntos más permanentes, conviene tener presente que todas las decisiones fundamentales de la política norteamericana, por muy acotadas que sean, tarde o temprano, tienen un impacto importante en la dinámica regional y no precisamente en un sentido benéfico.

Con referencia al contexto actual, al menos en tres de sus referentes fundamentales (la debacle financiera de un modelo en crisis, la profundidad del desprestigio de la política internacional estadounidense y el triunfo en las elecciones presidenciales de los demócratas con Barack Obama a la cabeza) podría inaugurarse un período en que se implementen transformaciones fundamentales, las cuales son percibidas como impostergables. Sin embargo, no hay que desmerecer el escenario global del capitalismo entre cuyas posibles salidas no está descartada una alternativa de políticas todavía aún más excluyente que la que hemos visto hasta ahora desde el Consenso de Washington. Todo lo cual no parece descabellado, salvo que las expresiones sociales más avanzadas encaren y articulen políticas nacionales con efecto estatal hacia un itinerario de salida diferente.

En cuanto a la crisis financiera, es probable que todavía no tengamos todos los elementos desplegados como para evaluar sus impactos. La crisis actual, en todo caso, es más que financiera. Mientras tanto, dada la histórica relación de dependencia, especialmente de aquellas economías cuyo comercio tiene como punto de llegada principal el mercado norteamericano, seguramente sufrirán el mayor impacto negativo en lo inmediato. Más allá de la retórica, esta probabilidad se incrementa si se tiene en cuenta a aquellos países más desregulados, marcadamente primario exportadores y que tienen suscritos acuerdos o tratados de libre comercio con Estados Unidos. En cambio, para aquellas economías con un comportamiento comercial relativamente más diversificado y más directamente comprometidas con procesos alternativos de integración, como

los que se encuentran involucrados en el proyecto ALBA, el escenario será seguramente complicado pero con la salvedad de que disponen de una perspectiva en la que podrían colocar nuevos empeños a en sus criterios y políticas de cooperación.

El referente que hace al resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos ha sido recibido, en general, con justificada expectación después de los aciagos años que correspondió a la administración de George W. Bush. El resultado electoral en sí mismo constituye un importante hecho político. Además, por las características del triunfo electoral y el estilo de su campaña, cabe suponer un cambio positivo en algunos aspectos de las formas de relación de Washington con nuestra región que, de concretarse, habrá de imprimirle un clima más distendido para el tratamiento político de los problemas y las diferencias que prevalecen en el hemisferio. Es esperable una modificación, aunque sea simbólica, de los aspectos más agresivos de su política.

Sin embargo, situados en una perspectiva de mayor alcance, no parece razonable alimentar expectativas de transformaciones profundas. Obama, de no haber anticipado las garantías estratégicas, de acuerdo con las características centrales que define el sistema político y electoral norteamericano, no habría alcanzado a convertirse ni siquiera en precandidato. Tampoco está de más recordar que los contenidos fundamentales de su campaña no se definieron en oposición los intereses constitutivos de la estructura de poder. La distancia adoptada con respecto a los republicanos, y específicamente de su contrincante, no es suficiente como para colocarlo en una trinchera opositora a la clase dominante norteamericana y a sus intereses globales. Para el registro de los análisis latinoamericanos cabe señalar que no hay ninguna evidencia, al momento en que redactamos estas conclusiones preliminares, de que la nueva cabeza política de la Casa Blanca se proponga levantar el bloqueo contra Cuba. Tampoco adelanta ninguna modificación de las concepciones predominantes sobre seguridad o migración. Ningún anticipo sobre cambios de fondo en los criterios que alimentan su política de combate al terrorismo o derogar el Plan Colombia, disolver la Cuarta Flota, retirar sus bases militares ni reconsiderar los términos que fundamentan su política de libre mercado así como los tratados en tal sentido suscritos o pendientes. Tampoco hay señales sobre cual sería su conducta con respecto a las acciones desestabilizadoras contra los procesos políticos institucionales de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

Si todos estos referentes son plausibles en una reflexión formulada a partir de la problemática de la integración y sus aristas políticas, queda el saldo de una larga línea de tareas pendientes en cuya perspectiva hay referencias promisorias, como el proceso de constitución de gobiernos electoralmente triunfantes, habida cuenta de sus propuestas endógenas de

profundización democrática, de cooperación regional y recuperación de la soberanía. Pero subsisten a la vez desafíos complejos, y por momentos inciertos, uno de los cuales estriba en la necesidad de distensionar la relación entre Estados Unidos y esta porción latino-caribeña de naciones para impulsar un esquema de relación cualitativamente diferente. En el discurso puede entreverse señales tempranas de que la diplomacia del gobierno norteamericano bajo la administración demócrata está cambiando. El reconocimiento externado por el presidente de que la práctica de la tortura erosiona no solo los valores sino la credibilidad de Estados Unidos³, es tan importante como la vigencia de su misión de gendarme en el mundo que sigue intacto como los soportes de la estructura estatal norteamericana, entre ellos la Corte Suprema de Justicia, por ejemplo, que están más aptos para otorgar impunidad que favorecer un proceso de cambio en contra de la tortura y de los responsables de crímenes de lesa humanidad. Una valoración ponderada como ésta puede servir para tratar de avanzar en la ruta de un proceso comprensivo impostergable. Tal vez no será en nuestra región donde la política estadounidense habrá de modificarse sustantivamente. Empero, todo lo que desde estas latitudes hagamos para que esa histórica forma de relación cambie será importante, empezando por un esfuerzo crítico mayor encaminado a conocer mejor los fundamentos de la política norteamericana.

³ En diversas fuentes, ver conferencia de prensa ofrecida por el presidente Barack Obama, el 29 de abril de 2009.